

El amor de los padres a los hijos se ha considerado siempre como una característica del ser humano, algo que no había que aprender; parecía que bastaba tener hijos para que inmediatamente entrasen en juego toda una serie de mecanismos de protección y cariño, y que a partir de ese instante todo cuanto hicieran los padres sería en beneficio de los hijos.

Los recientes hallazgos, realizados tanto en España como en el extranjero, de padres que hacen objeto de malos tratos sistemáticos a sus hijos y, por otra parte, el convencimiento, cada vez más difundido, de que el oficio de madre o padre puede y debe aprenderse, han hecho tambalearse ese primitivo concepto del saber innato. No cabe duda de que la gran mayoría de los padres, y sobre todo de las madres, conocen instintivamente lo que conviene a sus hijos en determinadas circunstancias, pero la existencia de un margen de condiciones en las que los padres no saben qué hacer y de una minoría de padres y madres que no están realmente capacitados para ejercer esta función, llevan a plantear la necesidad de la orientación prematrimonial e incluso de la organización sistemática de reuniones sobre los aspectos más controvertidos de las relaciones entre padres e hijos.

Es aberrante que la sociedad, y el Estado que la representa exija un examen para permitir a una persona que conduzca un automóvil, mientras no se ocupa para nada de la capacitación de los futuros padres, de cuya conducta idónea o errada dependerá la felicidad o desgracia de los futuros hijos. A ningún conductor se le permitiría que aprendiera a fuerza de encontronazos con otros automóviles, pero todos los padres aprendemos equivocándonos, con el grave inconveniente de que nuestros errores, por bien intencionados que sean, dejan profunda huella en la maleable psique de nuestros hijos.

Enseñar a querer

Hoy, el ejercicio correcto de la planificación familiar permite a los padres tener sólo los hijos deseados, eliminando así el problema, tan corriente en los tiempos del apogeo de la continencia periódica, del hijo que llegaba sin quererlo los progenitores y que iniciaba así la vida con una carga desfavorable.

Pero también el hijo que llega en el momento elegido es a veces objeto de malos tratos psíquicos y aun físicos, influyendo en este aspecto factores de la moderna asistencia tcológica que de ningún modo



Es preciso considerar a la madre y al hijo como una unidad funcional cuya integridad ha de preservar el personal que les asiste.

Aprender a ser padres

DR. J. A. VALTUENA

pueden desdeñarse. Se tiende en la actualidad, en las maternidades, a separar durante largos periodos a los recién nacidos de sus madres, a fin de que éstas puedan descansar y recuperarse con más rapidez. Esa pérdida de contacto en las horas decisivas que siguen al nacimiento puede tener una marcada repercusión ulterior.

En Cleveland (Estados Unidos) se estudiaron comparativamente dos grupos de madres. En el primer grupo, las madres tuvieron un breve contacto con sus bebés después de nacer, de nuevo a las seis horas y luego sólo cada cuatro horas, en el momento de darles el biberón. En el segundo grupo, las madres recibieron a sus recién nacidos durante una hora y después mantuvieron cinco horas diarias de contacto durante los tres primeros días de la vida. Las madres y los hijos fueron observados al cabo de un mes, de un año y de dos años, y en cada examen, las madres del segundo grupo mostraron signos de mayor afecto hacia sus niños; al mes pasaban más tiempo acariciando a sus bebés o mirándoles cara a cara, y estaban menos dispuestas a dejarlos con otras personas; a los dos años, había diferencias significativas en la comunicación verbal: las madres que habían tenido mayores contactos con sus recién nacidos, utilizaban un lenguaje más amplio y variado, recibían más preguntas y daban menos órdenes.

También se ha destacado la conveniencia de que la madre reciba a su hijo desnudo a los pocos momentos de nacer; en general, las madres comienzan por tocar las piernas del bebé y después van subiendo las manos hasta sostenerlo por el tronco; esa sucesión de movimientos es más lenta cuando el bebé está vestido. Se recomienda también que, una vez terminado el alumbramiento (expulsión de la placenta), se deje al padre y a la madre a solas con el recién nacido durante treinta a cuarenta y cinco minutos. Es preciso considerar a la madre y al hijo como una unidad funcional, cuya integridad ha de ser protegida por el personal que asiste al parto.

La lactancia artificial parece ejercer también efectos psicológicos nocivos en la unión madre-hijo, aparte de los puramente orgánicos, que no corresponde examinar aquí. La madre que amamanta a su hijo se siente más entrañablemente unida al mismo y, por consiguiente, menos dispuesta a cualquier tipo de negligencia o maltrato.

Se ha preconizado en ciertos países la incorporación a la enseñanza escolar de charlas en las que se muestra a los adolescentes de ambos sexos cuál debe ser su comportamiento con sus futuros hijos, aduciendo incluso que ese tipo de conocimientos les ayudaría a resolver sus propios problemas de adolescencia. Tengo perso-

nalmente las mayores dudas respecto a las virtudes de tal enseñanza, sobre todo incluida en el marco de los estudios oficiales, pero estimo al mismo tiempo que un número excesivo de jóvenes no percibe la importancia real del matrimonio y de las consecuencias que la ligereza en contraerlo puede tener para los hijos, víctimas inocentes de errores sin cuento. Habría que organizar cursos prematrimoniales, accesibles a todos los jóvenes, para enseñar por lo menos los rudimentos de un comportamiento atinado en la crianza de sus hijos.

El caso de los subnormales

Si, en general, los padres no están preparados para formar a los hijos que disfrutan de buena salud física y mental, aún lo están menos para afrontar el problema del posible hijo subnormal, cada vez más frecuente, debido, en buena parte, a los progresos de la Medicina.

Hay que decir que los subnormales no gozan en nuestra sociedad de gran comprensión; sucede a menudo que lo accesorio es considerado como sustancial, o viceversa; es típica de ese modo de ver las cosas la actitud que adoptaba el profesor J. Botella Llusid en un artículo titulado "¿Vamos hacia una subespecie humana?" (1), destinado a resaltar los riesgos que supondría el casamiento de jóvenes afectados de síndrome de Down (los llamados mongoloides), como si éste fuera un problema acuciante, cuando es bien sabido que el número de hijos de mongoloides alcanza en España y en todas partes proporciones absolutamente ínfimas.

Hay en la asistencia a los subnormales problemas mucho más profundos y perentorios que la remotísima posibilidad de que aparezca una raza de homínidos, y aún habría que ver si éstos no serían preferibles a tantos "hombres superiores" que la Humanidad ha sufrido y que, llevados de una saña genocida, han llevado al holocausto a millones de personas.

Bien está ocuparse de los subnormales, pero hágase siempre con mesura y con la debida consideración por los hechos objetivos; en particular, tengan en cuenta los tocoginecólogos que en ellos recae la responsabilidad de una buena proporción de nacimientos de subnormales y que es su ciencia la que debe contribuir, ante todo, a que esa proporción disminuya. ■ Foto: OMS/J. MOHR.

(1) "El País", 15-XII-77.